

Discurso pronunciado por Clara Rombolá y Federico Winoklur en el acto de graduación de la promoción 2011 por la 11va división el el 23 de noviembre de 2012.

Es difícil ponerse a escribir un discurso después de dos años de haber egresado, después de haber dejado de venir al colegio todos los días, de abandonar la cotidianeidad, de dejar de vernos. Lo que antes se perdía en la rutina, o lo que nos parecía muy importante, impostergable, difícil, todo eso ahora está al mismo nivel, forma parte de la misma experiencia, el mismo pasado, el mismo plano de recuerdos y vivencias. De modo que la apreciación es distinta. Luego de 5 años de nuestras vidas en este colegio, creemos que corresponde dedicarle algunas reflexiones, sobre todo en este momento tan especial.

Antes de ingresar, con apenas 11 o 12 años, escuchábamos apabullados cosas como que es uno de los mejores del país, que aquí asistieron importantes personalidades, políticos, científicos, artistas, que esto, que aquello... En fin, lo que nos querían decir era que es una institución de renombrada fama, cuna de una destacada “élite intelectual”. Una vez adentro, el pensamiento común hacía deducir que automáticamente pertenecíamos a ese destacado grupo. Sin embargo, luego de haber atravesado nuestro camino por esta casa de estudios, nos replanteamos: ¿es eso con lo que queremos quedarnos? ¿Esa imagen vacía y mítica es lo que deseamos proyectar como ex alumnos del Nacional de Buenos Aires?

Es muy difícil intentar resumir y explicar de manera sencilla todas las cosas hermosas y las experiencias que hemos vivido en estos pasillos a lo largo de nuestra secundaria. Por eso lo que queremos rescatar, es aquello que nos dio el colegio como conjunto de personas y no como célebre institución. Primero, lo más importante, aquellos profesores que, más allá del conocimiento, nos enseñaron a PENSAR, la herramienta más poderosa que el ser humano puede poseer; todo lo demás nos puede ser arrebatado, pero no nuestras ideas, no nuestra capacidad de pensar. Esos son los profesores que están hoy con nosotros, con los que entablamos una fuerte relación de confianza y cariño.

A medida que pasaba el tiempo, entendimos que nuestros compañeros no eran la competencia. Seguramente todos recordarán la típica pregunta de los primeros días de clases: “¿con cuántos puntos entraste?”. Esta es una idea que desde el comienzo se inculca

a los ingresantes y de la que es muy difícil desprenderse. Decíamos entonces que nuestros compañeros no eran la competencia. Muy por el contrario, fueron también una parte esencial en nuestra formación, cada uno con sus ideas y su individualidad contribuyó a la construcción de los saberes de los demás, así como también la curiosidad de algunos despertó ese mismo sentimiento en otros, permitiendo que el aprendizaje se diera no sólo de profesor a alumnos, sino entre alumnos y de manera plural. Esta convivencia con tanta gente distinta, proveniente de diferentes lugares, sumada a la propia maduración como persona (y tengamos en cuenta que la adolescencia es un momento complicado, sin importar cómo la encaremos) hizo que cada uno construyera una relación particular con el colegio, que cada uno se apropiara del colegio desde su lugar. Cada uno fue teniendo sus propias vivencias, se involucró más o se involucró menos en algunas cuestiones; cada uno hizo su propia experiencia según se le fueron presentando las cosas y según sus propias ganas.

Y no sólo eso, el día a día nos dejó cosas que ya no hacemos o ya no nos suceden pero que en otro momento formaron parte de lo que nos identificaba como división, nos hacía ser nosotros, un todo. Entre muchas cosas que podríamos nombrar, quisiéramos destacar los momentos previos a un examen. Si alguno de ustedes hubiese entrado al aula en esos momentos, se hubiera encontrado con: a la derecha, las chicas estudiando con mucho nerviosismo y a la izquierda a los chicos despreocupados y generalmente machetándose o charlando. “A la doce le tomaron esto”, “Che, ¿te fijás si desde adelante se ve que tengo las fotocopias acá abajo?” eran algunas de las frases que se escuchaban a menudo. Toda la situación era caótica y se suspendía abruptamente cuando entraba el profesor.

También podríamos recordar cierta ocasión en la que nos pusimos de acuerdo para vestirnos todos de la misma manera: camisa blanca y jeans. La única testigo de lo que pasó aquella tarde en el microcine es nuestra profesora de filosofía, Patricia Lorenzen.

De manera que con el transcurso del tiempo, forjamos una relación muy fuerte y basada en un cariño poco convencional. Y es así cómo, después de terminar el secundario, seguimos en contacto, nos vimos, festejamos cumpleaños... Nuestra relación no se basa

sólo en el pasado, nuestras conversaciones no son un interminable “¿te acordás de...?” y eso es porque compartimos algo más que un aula.

Tampoco olvidamos que hubo compañeros que quedaron en el camino, y eso no es algo que se haya dado particularmente en nuestro curso. Sabemos que se repite en los demás turnos y divisiones; no se puede no reparar en que los cursos empiezan con 30 estudiantes y terminan solo con 20. Lo que nos lleva a pensar: ¿cuál es la “excelencia” en la educación del colegio? ¿Una educación orientada más bien a repetir el conocimiento ya escrito y tradicional? ¿No sería preferible una educación abocada a hacer avanzar el conocimiento? Es cierto, tenemos una base más amplia, pero... ¿para qué?

¿Cuál debería ser el objetivo de la institución? Nos aventuramos a estimar que la meta debería ser el éxito de muchos y no el de unos pocos, y eso sólo se puede lograr reformulando la manera de aprendizaje y la concepción que se tiene de él. Es necesario que cada alumno obtenga las herramientas necesarias para que todos lleguen al mismo punto. Y no hablamos de que baje el nivel de la educación, sino más bien de que suba la calidad y la dedicación que el colegio deposita por cada estudiante. Es fácil crear una élite si simplemente se expulsa a quienes entre los 13 y los 18 años no llegan a cumplir los altos estándares de este colegio.

De todas maneras cabe destacar también el rol de algunos profesores, que son los que están hoy aquí con nosotros, quienes rompiendo las estructuras más conservadoras, nos enseñaron realmente a pensar y nos contuvieron para que pudiéramos llegar a donde llegamos hoy.

Creemos que ellos y nuestros compañeros son los que merecen, por su compromiso y solidaridad con nuestra educación, un fuertísimo aplauso.